

La guerra no es otra cosa que un duelo en una escala más amplia. Si concibiéramos a un mismo tiempo los innumerables duelos aislados que la forman, podríamos representárnosla bajo la forma de dos luchadores, cada uno de los cuales trata de imponer al otro su voluntad por medio de la fuerza física; su propósito inmediato es derribar al adversario y privarlo de toda resistencia.

La guerra es, en consecuencia, un acto de violencia para imponer nuestra voluntad al adversario.

Wally Secombe Marxismo y demografía

La forma primordial del acercamiento tradicional del marxismo a la demografía, que se remonta al propio Marx, ha consistido en una denuncia virulenta de sus versiones malthusianas. Esta polémica, si bien programáticamente justificada par cuanto combatía políticas poblacionales malthusianas generalmente reaccionarias, ha tenido sin embargo un efecto anestésico en el materialismo histórico al colocar la esfera demográfica misma fuera de los límites del escrutinio y la investigación legítimos: En el proceso de desechar a Malthus y sus sucesores, los marxistas hemos abandonado el campo a nuestros enemigos. Y con la notable excepción de algunos analistas del Tercer Mundo, como Meillassoux,¹ esta abdicación se ha perpetuado dentro del marxismo contemporáneo. En efecto, se ha dado una desafortunada contraposición de lo socioeconómico a lo demográfico, como si estas dos dimensiones de las relaciones sociales fueran materialmente separables bajo el capitalismo o bajo cualquier otro sistema, y como si las líneas de la causalidad corrieran, antidualécticamente, sólo en un sentido de lo socioeconómico y lo político a lo demográfico.

Aun la mejor historiografía marxista reciente continúa este abandono tradicional. La obra de Robert Brenner, por ejemplo, que ha atraído mucha atención por su enfoque riguroso y original de la transición del modo de producción feudal al capitalista, deja de reconocer la especificidad de las causas demográficas. Brenner lanzó un ataque, en *Past and Present*, contra la reinante ortodoxia malthusiana de Postan, Ladurie, Habukkuk y otros, en lo tocante a la interpretación que dan éstos al desarrollo y el estancamiento de las formaciones feudales tardías en Europa occidental. Si bien la crítica en si misma tiene muchos méritos, Brenner exhibe una tendencia a negar el poder explicativo de los fenómenos demográficos al afirmar la primacía de la dinámica de la lucha de clases. El meollo de su argumento es la tesis de que "es la estructura de las relaciones de clase, del poder de clase, lo que determinará la manera y el grado en que los cambios demográficos particulares afectarán las tendencias a largo plazo en la distribución del ingreso y el desarrollo económico, y no a la inversa".²

Una dislocación muy sutil se revela en esta afirmación y persiste a lo largo del artículo. Brenner convierte un sobre dónde poner el énfasis en una contraposición de una cosa o la otra. Si él sólo insistiera en la primacía de las relaciones de clase y los (diversos) resultados de las luchas de clases sobre las presiones demográficas cíclicas en un modelo general de desarrollo feudal, eso sería perfectamente correcto, particularmente porque se refiere a la transición al capitalismo. Pero ahí está la frase final, "y no a la inversa", que efectivamente desecha toda incorporación o retroalimentación activa de las fuerzas demográficas en su modelo de tendencias de relaciones y luchas de clases. Al *contraponer* las relaciones de clase a las presiones demográficas como la causa primera del desarrollo y el estancamiento económicos feudales, Brenner "sobrecorre" a sus adversarios al grado de suprimir del todo la

1 *Maidens, Meal and Money*, Londres, 1980.

2 "Agrarian Class Structure and Economic Development in PreIndustrial Europe", *Past and Present*, n. 70 (febrero de 1976), p. 31. Véase también su "The Origins of Capitalist Development: a Critique of Neo-Smithian Marxism", *NLR*, n. 104 (julio-agosto de 1977).

autonomía de la demografía. En relación con esto, vale la pena citar parte del comentario de Guy Bois al artículo de Brenner en un número subsiguiente de *Past and Present*:

No basta con hacer una crítica teórica de la posición neomalthusiana, o culpar a sus exponentes por subestimar uno u otro nivel de análisis. Para que sea convincente y decisiva, la crítica debe atacar el meollo mismo de la interpretación malthusiana a fin de separar con absoluta precisión los elementos válidos de los no válidos. Toda la fuerza de este modelo se deriva del hecho de que el mismo está ampliamente confirmado por la investigación detallada: la importancia del factor demográfico, la sucesión de tendencias a largo plazo, la existencia de topes de crecimiento, etcétera. ¿Gracias a qué extraña perversión del marxismo es posible negarse a tomar en cuenta datos tan firmes bajo el absurdo pretexto de que otra construcción teórica se apoya en ellos? [...] Postan o Le Roy Ladurie no deben ser criticados por atribuirle demasiada importancia al factor demográfico. Deben ser criticados, por el contrario, por detener su proceso a mitad del camino y por no integrar el factor demográfico en el todo abarcador que es el sistema socioeconómico.³

La crítica de Bois en este punto es, a mi juicio, muy pertinente. Podría extenderse, mucho más allá del trabajo de Brenner, a todo el legado del marxismo clásico.

El desafío feminista al marxismo —del cual se ocupa mi propia obra— también exige el enfrentamiento abierto con esta gran evasión.⁴ Una de las demandas centrales del movimiento de liberación femenina consiste en que las mujeres mismas adquieran pleno control sobre sus capacidades reproductivas, y en torno a esta cuestión siguen librándose intensas luchas políticas. Como lo sugiere la consigna "control de nuestros cuerpos, control de nuestras vidas", las mujeres nunca podrán controlar sus vidas en un sentido pleno hasta que ganen el control de sus propias capacidades biológicas. Podemos expresar esta proposición a la inversa: el control social de las mujeres se centra en el control de sus capacidades reproductivas en una vasta gama de sociedades. Si esta generalización es válida, entonces la conclusión me parece ineludible: existen apremiantes razones feministas para prestar cuidadosa atención a los reguladores demográficos de la fecundidad de las mujeres y a su cambio en el tiempo. Y sin embargo, la atención prestada por las feministas al campo de la demografía ha sido sorprendentemente escasa. A su vez (lo cual es mucho menos sorprendente), los demógrafos generalmente han pasado por alto la floreciente erudición feminista de la última década. Aun una breve revisión de las principales publicaciones especializadas en lengua inglesa (*Demography*, *Population Studies* y *Population and Development Review*) demostrará que los puntos de vista y los debates feministas rara vez son consignados, y mucho menos tomados en serio, en sus páginas. Uno nunca adivinaría, leyendo esas revistas, que parir niños es un proceso específico sexual y genéricamente diferenciado.

3 "Against the NeoMalthusian Orthodoxy", *Past and Present*, n. 79 (mayo de 1978), pp. 67-68. Bois es un marxista cuya propia obra, *La crise du féodalisme* (París, 1976), ha sido aplaudida incluso por Ladurie. Bois comienza su reseña elogiando el ataque de Brenner a "la ortodoxia neomalthusiana".

4 Mi tesis doctoral, concluida recientemente en la Universidad de Toronto, esboza los ciclos de reproducción cotidianos y generacionales de la fuerza de trabajo a través de las relaciones de unidad doméstica, familia y parentela en los modos de producción esclavista, feudal y capitalista. En ella propongo una elaboración mucho más plena de un concepto revisado de modo de producción que el que he podido presentar en lo que sigue, incluyendo una consideración de la cuestión de las relaciones domésticas patriarcales.

Si bien las críticas feministas del "marxismo machista" ("*malestream Marxism*")⁵ han procurado desplazar y complementar el énfasis tradicional del marxismo en la "producción" con un énfasis decisivo en la "reproducción", el intento no ha sido concebido en términos explícitamente demográficos. Ha habido un verdadero avance en el estudio feminista de la maternidad, junto con exploraciones especulativas de las inmensas implicaciones de la abstención de los hombres en cuanto al cuidado de los niños de corta edad, pero se ha progresado poco en lo tocante al problema, estrechamente relacionado con el anterior, de forjar un análisis feminista de la regulación social de la fecundidad.⁶

I. TEORÍAS DE LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

En este artículo, me propongo examinar la transición demográfica de mediados del siglo XVIII a principios del XX en Europa occidental, y particularmente la transformación de los patrones de fecundidad en las familias de las clases trabajadoras que ocurrió en este periodo a medida que el modo de producción dominante fue derrocado y remplazado. Encuentro, en las obras de toda una gama de historiadores sociales y demógrafos revisionistas, una alternativa emergente al paradigma dominante de la escuela de modernización al explicar esta transición.⁷ En lugar de la "industrialización y urbanización", estos estudiosos colocan la proletarización en el centro de sus análisis. Ven tal cosa como un proceso desigual, diverso y prolongado que culmina finalmente con la formación de un proletariado fabril urbano de masas, pero que empieza cuando menos dos siglos antes con la precipitación de una masa de trabajadores rurales sin tierra. Trascendiendo los límites de las explicaciones marxistas ortodoxas, los estudiosos perciben el proceso de proletarización como una revolución demográfica al mismo tiempo que como una revolución en las relaciones sociales de producción prevalecientes. Sus estudios han destacado la íntima relación dialéctica entre estas dos dimensiones de la formación del proletariado.

El paradigma de la modernización ha tropezado con dificultades considerables — ahora ampliamente reconocidas— a la luz de la abundancia de nuevos estudios locales

5 Este neologismo (*malestream Marxism*) lo acuñó Mary O'Brien (*The Politics of Reproduction*, Londres, 1981); yo he tenido la gran fortuna de trabajar con ella en el Institute for Studies in Education de Ontario.

6 Sobre la maternidad, cf. Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering, Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, Berkeley, 1978; Adrian Rich, *Of Woman Born*, Nueva York, 1976; y Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur*, Nueva York, 1976. Para descripciones históricas de la lucha pública en torno al control de la natalidad, véanse Linda Gordon, *Woman's Body, Woman's Right: A Social History of Birth Control in America*, Harmondsworth, 1976; y J. Reed, *From Private Vice to Public Virtue: The Birth Control Movement and American Society Since 1830*, Nueva York, 1978.

7 A modo de introducción a un floreciente cuerpo de estudios, véase: Lutz Berkner, "The Use and Abuse of Census Data for the Historical Analysis of Family Structure", *Journal of Interdisciplinary History*, 1975, pp. 721-38, e "Inheritance, Land Tenure, and Peasant Family Structure: A German Regional Comparison", en J. Goody, J. Thirsk y E. P. Thompson (comps.), *Family and Inheritance: Rural Society in Western Europe, 1200-1800*, Cambridge (Inglaterra), 1976; Lutz Berkner y Franklin Mendels, "Inheritance Systems, Family Structure and Demographic Patterns in Western Europe, 1700-1900", en C. Tilly (comp.), *Historical Studies of Changing Fertility*, Princeton, 1978; Rudolph Braun, "Proto-industrialization and Demographic Changes in the Canton of Zurich", en Tilly, op. cit.; Michael Haines, *Fertility and Occupation: Population Patterns in Industrialization*, Nueva York, 1979; David Levine, *Family Formation in an Age of Nascent Capitalism*, Nueva York, 1977; Hans Medick, capítulos 2 y 3 en *Industrialization Before Industrialization*, P. Kriedte, H. Medick y J. Schlumbohn (comps.), Cambridge (Inglaterra), 1981; Franklin Mendels, "Proto-industrialization: The First Phase of the Industrialization Process", *Journal of Economic History*, 1972, 32, pp. 241-61, y "Social Mobility and Phases of Industrialization", *Journal of Interdisciplinary History*, 1976, n. 7 (2), pp. 193-216; Charles Tilly, "Introduction", en Tilly, op. cit.; Louise Tilly y Joan Scott, *Women, Work and Family*, Nueva York, 1978.

de la transición demográfica en Europa occidental. En esencia, la teoría de la transición demográfica sostenía que en las sociedades tradicionales tanto las tasas de fecundidad como las de mortalidad eran "naturales" y altas, tendiendo a equilibrarse entre sí a la larga de tal suerte que el tamaño de una comunidad era frenado en los límites de los medios de subsistencia disponibles.⁸ En el siglo XVIII la productividad agrícola aumentó, superando este límite, y a medida que los niveles de vida mejoraron gradualmente, las tasas de mortalidad declinaron. Durante un siglo, sin embargo, las tasas de fecundidad se mantuvieron en sus niveles tradicionales o declinaron sólo ligeramente, atrapadas todavía dentro de las restricciones culturales del antiguo orden. El auge poblacional de fines del siglo XVIII y del XIX en Europa fue así atribuible a un desfase culturalmente inducido entre las tasas declinantes de nacimientos y muertes. Finalmente, se supuso que a fines del siglo XIX los procesos de industrialización, urbanización y modernización cultural lanzaron a la gran masa de la población a un nuevo medio ambiente en el que la gente no sólo vivía más, sino que veía la razón económica de poner en práctica el control de la natalidad en el matrimonio y la reducción general del tamaño de la familia, haciendo así que las tasas de fecundidad se emparejaran una vez más con las tasas de mortalidad.

El principal problema con esta tesis es que las cosas no parecen haber ocurrido así. Las tasas de fecundidad *augmentaron* en muchas áreas rurales en el periodo de la modernización temprana y descendieron más adelante a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, con las tasas rurales descendiendo a menudo tan marcadamente como las urbanas.⁹ Además, los trabajadores industriales de los primeros tiempos tenían habitualmente tasas de fecundidad *mas altas* y familias más numerosas que los campesinos "pre-modernos" en los pueblos y aldeas de Europa occidental. El descenso de la fecundidad en Francia antecedió a la industrialización, en tanto que en Bélgica y Alemania ocurrió lo contrario. En la Inglaterra urbana el descenso se produjo más tarde, en tanto que en la Normandía rural ocurrió tempranamente, etcétera. Así pues, es claro

8 La fecundidad natural fue definida por primera vez por el demógrafo francés Louis Henry ("Some Data on Natural Fertility", *Eugenics Quarterly*, 1961, n. 8, pp. 81-91) como la ausencia de control natal premeditado y la limitación del tamaño de la familia en el matrimonio. El término se utiliza ahora ampliamente entre los demógrafos, aunque no sin ambigüedades. Se considera que una población está en una condición de fecundidad natural cuando, en la jerga de los demógrafos, los patrones de natalidad no dan muestras de ser "dependientes de la paridad". En otras palabras, las mujeres casadas no dejan de tener hijos sobre la base del número de hijos actualmente vivos que ya han dado a luz; no opera ningún criterio en cuanto al tamaño ideal de la familia. Si la curva de fecundidad de una cohorte dada de mujeres corresponde en términos generales a su curva de fecundidad natural, aun durante los últimos años de la treintena y los primeros de la cuarentena de su edad, se sostiene que prevalece un régimen de fecundidad natural. Las costumbres y las prácticas que afectan el espaciamiento de los nacimientos, y en consecuencia las tasas de fecundidad, pero que no dependen de la paridad (como las normas de amamantamiento y los tabúes de la cohabitación *post-partum*), no contravienen un régimen de fecundidad natural. La dicotomía *natural/controlada* tiende a generar un modelo bipolar simple: los pueblos preindustriales tienen una fecundidad "natural y alta", en tanto que las poblaciones industrializadas exhiben patrones de natalidad "controlados" y registran tasas de fecundidad "bajas". La naturaleza simplista de esta dicotomía, tan afín al marco conceptual de la modernización, es ritualmente aceptada en la actualidad por los demógrafos, aunque se reconoce que existen tremendas variaciones dentro de cada uno de los polos de la dicotomía. Todavía está por establecerse una tipología más elaborada y matizada, que tome en cuenta que todo patrón de fecundidad humana está culturalmente limitado y socialmente regulado; no se sabe de ninguna población conocida que se aproxime a una tasa de reproducción natural.

9 El otro problema importante de la teoría de la transición demográfica es que de ninguna manera se trata de una teoría en sentido científico, puesto que carece de todo elemento explicativo sustancial. Más bien es un modelo descriptivo de cambio secuencial en un conjunto de "factores" cuya covariancia, sometida a diversas medidas de significación estadística, se explica supuestamente de algún modo por sí misma. La sustitución persistente de la descripción por la explicación es una característica del paradigma de modernización con el que la teoría de la transición demográfica está estrechamente aliada.

que la urbanización y la industrialización no guardan correlación en ninguna forma directa con el comienzo de la transición de las tasas de fecundidad y mortalidad relativamente altas a las tasas modernas relativamente bajas.

La crítica revisionista de la teoría de la modernización

Como ya hemos mencionado, durante la última década se ha dado una respuesta a estas dificultades por parte de una escuela revisionista de historiadores sociales y demógrafos que parecen moverse (implícita o explícitamente según el caso) en una dirección marxista crítica. Estos historiadores sociales y demógrafos siguen mostrándose insatisfechos tanto con la tesis corriente de modernización como con la explicación alternativa marxista ortodoxa de la transición al capitalismo industrial en Europa occidental. Considero que sus principales argumentos contra cada una de estas dos posiciones son las siguientes:

1] La mitigación de la crisis de mortalidad en el siglo XVIII ciertamente hizo su propia aportación al despegue del crecimiento poblacional a través de Europa occidental hacia 1750. Pero un aumento en las tasas de fecundidad, junto con una reducción del lapso de reproducción intergeneracional entre los sectores proletario y protoindustrial de las masas trabajadoras (todavía predominantemente rurales), fue también absolutamente fundamental. El factor de fecundidad es erróneamente minimizado por los teóricos de la modernización que sólo quieren ver una transición lineal de "altas tasas de fecundidad preindustriales a bajas tasas industriales". La primera ruptura del antiguo régimen campesino de fecundidad en la tierra fue predominantemente ascendente, mucho antes de su descenso posterior al, cabo de un siglo o más.

2] La formación del proletariado moderno empezó mucho antes del desarrollo del sistema fabril en la Primera Revolución Industrial. Si bien una masa proletaria inicial fue generada por el divorcio de antiguos campesinos de la tierra, la fuente *primaria* del proletariado industrial de los primeros tiempos en Europa occidental fue el proletariado rural y el artesanado independiente, no los excampesinos. Fue el crecimiento demográfico de los pobres sin tierra del campo (proletarios y protoindustriales, entreverados en muchos casos) en el siglo XVIII lo que creó la precondition indispensable de oferta de mano de obra (un excedente masivo de mano de obra rural) para la rápida industrialización capitalista en el siglo XIX. Si bien los agricultores propietarios disminuyeron rápidamente como porcentaje de la población trabajadora total en el siglo XVIII y comienzos del XIX, su número no disminuyó en términos absolutos, y sus descendientes no fueron la fuente primaria de la primera generación de trabajadores fabriles. El viejo estereotipo marxista de campesinos-convertidos-en-proletarios es crasamente simplista. Esta distorsión se deriva de la no inclusión de la dimensión demográfica en el cuadro general de la transición del feudalismo tardío al capitalismo industrial de los primeros tiempos.

Creo que el consenso revisionista (estoy forzando aquí un consenso que estos mismos historiadores rechazarían como prematuro) es sustancialmente correcto en estos dos planteamientos. Opino también que una atención marxista a los cambios en el modo de producción prevaleciente puede ofrecer, sin embargo, un marco de referencia pertinente para interpretar los datos históricos que estos estudiosos han desarrollado. Considerando que la mayor parte de la historiografía marxista ha tendido a imaginar la transición del feudalismo al capitalismo de un modo más bien esquemático, lineal y teleológico, pasando por alto en gran medida sus dimensiones demográficas,¹⁰ es particularmente

10 Si bien los *Studies in the Development of Capitalism* de Maurice Dobb (Cambridge y Nueva York, 1963) fueron ciertamente más allá del esquematismo crudo, su argumentación se resiente sin embargo de

significativo que una corriente importante de los demógrafos haya llegado a acuñar sus explicaciones en términos generalmente marxistas. Sus descubrimientos empíricos y sus interpretaciones ofrecen una inestimable base de conocimiento para teorizaciones marxistas más explícitas y rigurosas, centradas en los cambios en el modo de producción predominante a lo largo del tiempo.¹¹

Pero antes de pasar adelante, es necesario hacer dos aclaraciones esenciales. En primer lugar, presentaré una versión reelaborada del concepto de modo de producción que integra la producción de fuerza de trabajo (como una fuerza productiva) y la regulación social de su reproducción cotidiana y generacional a través de las relaciones domésticas, de familia y de parentela. En segundo lugar, es importante recordar brevemente ciertos principios válidos del análisis marxista clásico de la dinámica poblacional.

Reelaboración del concepto de modo de producción

El problema del economicismo que ha plagado al materialismo histórico desde Marx en adelante ha sido ampliamente reconocido por los marxistas de diversas filiaciones durante las dos últimas décadas. Existe un consenso general en cuanto a que el pecado original del economicismo se deriva de un énfasis exagerado en la dimensión económica al conceptualizar los modos de producción y de una reducción de sus niveles políticos e ideológicos a reflejos o derivaciones de la base económica. Si bien acepto que las consecuencias del economicismo han sido ciertamente perniciosas para el marxismo, el diagnóstico corriente de este mal me parece erróneo y también, en consecuencia, el antídoto propuesto. En mi opinión, el error economicista no se ha derivado de una exageración del peso de la dimensión económica (o más correctamente, de la dimensión socioeconómica), sino de un falso angostamiento del campo de lo socioeconómico y de una falta de *integración* adecuada de lo socioeconómico con las relaciones político-legales del Estado y la formación cultural de grupos y clases.

En suma, en tanto que otros han atacado la reducción de las superestructuras a infraestructuras, yo centro mi atención en la restricción arbitraria de la infraestructura misma. La "autonomía relativa de las superestructuras" no puede compensar en modo alguno una infraestructura reductiva que ha sido dejada intacta e indiscutida. No se trata de que los viejos planos del primer piso fueron muy buenos y sólo se requiriera más trabajo en el diseño de los pisos superiores de la casa. Si se concibe mal el campo de producción, la teorización de un modo de producción está condenada a ser errónea.

En la mayor parte de la literatura marxista, el campo de producción se reduce a la producción de bienes materiales; las fuerzas productivas a los instrumentos del trabajo; y las relaciones sociales de producción a aquellas relaciones que se encuentran en el sitio de la producción de bienes. En este marco, la producción de las especies y su fuerza de trabajo sencillamente no aparece. No hay que sorprenderse, pues, de que las feministas hayan criticado a los marxistas por elaborar el concepto de modo de

la contraposición marxista tradicional entre las transformaciones en las relaciones sociales de producción y los cambios demográficos (véase la p. 223 especialmente), defendiendo la primacía de las primeras y rebajando la importancia de las segundas. Dobb complicó el problema mediante una incauta aceptación del entonces corriente consenso de modernización en el sentido de que "ahora se sabe que el aumento de la población (de 1750 a 1850) se debió más bien a un descenso de la tasa de mortalidad que a un aumento de la tasa de natalidad" (p. 257). El subsiguiente debate en *Science & Society* (publicado y ampliado en *The Transition from Feudalism to Capitalism*, New Left Books, Londres, 1976), si bien se extendió de manera fructuosa en muchas direcciones, pasó por alto las coordenadas demográficas de la transición al capitalismo.

11 La oportunidad de estudiar con David Levine ha contribuido de manera importante a mi pensamiento aquí, aunque a él no debe implicársele en ninguna de las "síntesis" intentadas en las páginas siguientes.

producción con una "ceguera" respecto al sexo,¹² pues la *primera* producción de las mujeres (independientemente de cualesquiera otras cosas que puedan producir en forma de bienes materiales) ha sido permanentemente excluida del campo conceptual de la categoría teórica central del marxismo. El resultado de este desplazamiento ha sido el de asignar la organización social del alumbramiento, el cuidado de los niños y la socialización doméstica a la esfera de la Naturaleza por abandono.

Las tres producciones fundamentales

Todas las sociedades humanas están necesariamente empeñadas en tres producciones interrelacionadas que no pueden subsumirse las unas en las otras: I] la producción de los medios de producción; II] la producción de los medios de subsistencia; y III] la producción de fuerza de trabajo sobre una base cotidiana y generacional. Estas tres producciones pueden ser organizadas en una diversidad de formas. La tarea de la investigación concreta en cada caso consiste en identificar su articulación en modos de producción particulares y en formaciones sociales específicas. Además, puesto que un modo de producción se define convencionalmente como un conjunto particular de fuerzas productivas en combinación y en contradicción (latente o manifiesta) con un conjunto específico de relaciones de producción, yo insisto en que esta combinación de *fuerzas/relaciones* debe conceptualizarse para las tres producciones. Este planteamiento es incontrovertible para I y II, pero se considera sospechoso para III. Sin embargo, si la fuerza de trabajo se considera seriamente como una fuerza productiva en todos los modos de producción, la cuestión de las relaciones específicas dentro de las cuales se produce y reproduce la fuerza de trabajo debe recibir una atención central. Y si rechazamos toda complacencia naturalista, entonces debemos analizar en detalle aquellas relaciones sociales históricamente específicas que regulan la fecundidad: la infraestructura de la reproducción generacional de la fuerza de trabajo. El régimen específico de fecundidad de las clases principales, en otras palabras, debe figurar como un componente integral de la teorización plena del modo de producción en cuestión.

El problema del remplazo de la fuerza de trabajo es un problema absolutamente crítico en dos sentidos. En primer lugar, todas las sociedades deben establecer una relación general entre la programación del consumo de fuerza de trabajo en la producción y su remplazo demográfico a través del medio de sus pequeños grupos domésticos. La forma en que se regula (y se trastorna) esta relación posibilita una comprensión importante de la dinámica de la sociedad en su conjunto. En segundo lugar, la posición de las mujeres en cualquier sociedad está estrechamente ligada al concepto genérico *esposa/maternidad*. ¿Cómo se enfrenta socialmente una sociedad particular al hecho biológico de que las mujeres alumbran niños y amamantan y los hombres no? Puesto que ésta es una cuestión preeminentemente social, requiere una explicación históricamente específica.

¿Qué constituye entonces las relaciones sociales de la reproducción cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo? Aquí nos enfrentamos a la cuestión de la familia. Las definiciones de "la familia" en las ciencias sociales, que reflejan ambigüedades en el uso coloquial, han oscilado entre la referencia al parentesco-en-general (relaciones por sangre y matrimonio) y los parientes cohabitantes (personas emparentadas que viven "bajo un mismo techo"). El problema, ampliamente reconocido en la última década, contiene referentes múltiples y cambiantes, dándose con frecuencia el caso de que los conceptos unidad doméstica y familia se usan de manera intercambiable. Como

12 Véase Heidi Hartman, "The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a More Progressive Union", en L. Sargent (comp.) *Women and Revolution*, Londres, 1981.

resultado de esta crítica, actualmente se acostumbra establecer, en los estudios familiares, una distinción entre *unidad doméstica* y *familia*. Esto resuelve una ambigüedad, pero deja otra en pie: "familia" todavía abarca tanto al grupo emparentado co-residente como a la filiación de parentesco más general.

Unidad doméstica, familia y parentesco

Sugeriré por lo tanto una distinción tripartita entre unidad doméstica, familia y parentela, en la que al término intermedio —familia— se le asigna el significado restringido de grupo emparentado nuclear que normalmente es co-residente a lo largo de diversas fases del ciclo doméstico. Se reconoce que las relaciones *unidad doméstica/familia/parentela* (ud / f / p) pueden organizar algo más que la tercera producción de fuerza de trabajo antes esbozada. De muchos modos, son integrantes de la producción de los medios de producción y de subsistencia también. Pero cuando menos, podemos afirmar que las relaciones ud / f / p organizan en efecto la producción primaria de la fuerza de trabajo en todas las sociedades, aunque puedan no hacerlo de manera exclusiva: bajo el capitalismo, por ejemplo, el sistema escolar desempeña un papel de primera importancia. ¿Cómo, pues, se insertan las coordenadas de un régimen particular de fecundidad en el contexto de las relaciones de unidad doméstica, familia y parentela? Esbozaré un modelo simple de cuatro pasos concebidos en el nivel relativamente abstracto de un modo de producción, que a continuación adquiere una complejidad adicional en el estudio de tipos particulares de formaciones sociales en etapas específicas de su desarrollo.

El *primer* paso es el logro, por parte de parejas potencialmente reproductivas, de un *status* social y una condición económica en los que pueden tener niños: casarse y asegurar un espacio doméstico mínimamente estable en el que pueda ocurrir el nacimiento de niños. (Por el momento dejamos de lado la fecundidad "ilegítima", generalmente involuntaria, y suponemos, para la gran mayoría de la población, la necesidad de sobrepasar estos límites sociales y económicos antes de participar en la procreación de niños. Incluimos aquellas procreaciones —técnicamente "ilegítimas"— en las que una pareja se casa al descubrir un embarazo.)¹³ En este nivel inicial, nos proponemos especificar las reglas y condiciones prevalecientes de matrimonio y formación de una unidad doméstica que son específicas de un modo de producción dado y de una particular relación de clase con los medios de producción y subsistencia. Estos parámetros demarcan un segmento de la población potencialmente reproductiva "en riesgo".

Dentro de la población que está en condiciones de tener hijos, es necesario especificar un *segundo* paso: el particular equilibrio de costos y beneficios potenciales a corto y largo plazo que generan una estructura básica de incentivos para tener hijos. Una vez más, podemos identificar variantes claves: incentivos positivos tales como la demanda y la utilidad del trabajo infantil como una contribución potencial a la unidad doméstica que compensa con creces los costos adicionales de manutención de otro miembro; la necesidad, o el deseo cultural, de perpetuar la línea familiar más allá de la muerte a través de la herencia; la utilidad de los hijos como un "fondo de pensión": una forma de seguro para la vejez. Por otra parte, están los desincentivos: los costos de procreación de nuevos miembros y de su alimentación (costos que se extienden a lo largo de la duración anticipada de su permanencia en la unidad) y los riesgos y las dificultades que

13 La condición-límite biológica de la fecundidad, por supuesto, opera también y fluctúa de acuerdo con el tiempo y las condiciones de vida, pero consideramos tal cosa como una precondition de estas restricciones sociales y económicas.

los nuevos alumbramientos representan para las madres.¹⁴ (Que a este desincentivo específicamente genérico se le niegue o se le permita espacio para operar dependerá de la forma y el grado de dominación patriarcal en las unidades domésticas familiares.) Además, operando tanto para la unidad en su conjunto como para las mujeres específicamente, existen usos alternativos atractivos de su tiempo y sus capacidades de trabajo que pesan contra la procreación. Así pues, las estructuras de incentivos pueden variar grandemente tanto entre como dentro de modos de producción particulares.

Un *tercer* elemento entra entonces en el cuadro: las condiciones culturales que dan forma a la relación del sexo marital con la procreación. Aquí estarnos examinando las relaciones prevalecientes entre los cónyuges y en las instituciones de una comunidad dada que tienen un fuerte impacto en la conducción de las relaciones sexuales maritales. El carácter fuertemente patriarcal de la familia campesina europea en el periodo medieval y en los primeros tiempos del periodo moderno, por ejemplo, fortalecido por la doctrina agustiniana de la Iglesia, hacía virtualmente inconcebible que las mujeres practicaran deliberadamente cualquier forma de anticoncepción en el matrimonio. Era, pues, raro que las mujeres de esta clase y de este periodo dejaran de procrear mucho antes de la menopausia, aun cuando hubieran llegado a lo que podría haber sido un tamaño ideal de la familia en términos económicos.

Por último, un *cuarto* paso: los medios disponibles, dada la voluntad de hacerlo, para limitar y dar forma a la fecundidad de acuerdo con los deseos de la pareja o de la esposa. La disponibilidad se refiere aquí tanto a los medios técnicos de control de la natalidad de que se dispone como al conocimiento práctico de su uso efectivo, diseminados dentro de las restricciones culturales esbozadas en el tercer paso. El tercer y el cuarto pasos varían dentro de una gama delimitada por el modo de producción según su desarrollo a lo largo del tiempo y el espacio. Además, suponemos (dada la ubicuidad del impulso sexual y la relación heterosexual) que el número total de concepciones en una población tenderá a sobrepasar a las deseadas dentro de una estructura de incentivos dada, y este excedente involuntario será mayor mientras más imperfectos sean los medios disponibles. La disparidad contraria entre intención y resultado (en la que los hijos son deseados pero no pueden ser producidos o no sobreviven) también opera, pero yo calculo aquí —cuando menos para la población de la que nos estamos ocupando— que las "desilusiones" son menos que las "sorpresas". Un patrón de fecundidad dado se considera entonces "racional" (es decir, reflejo de una estructura de incentivos dada) dentro de las restricciones económicas y culturales existentes, *excepción* hecha de un exceso pequeño pero variable que es el producto excedente de la concepción involuntaria y de la disuasión matrimonial y que supuestamente sería reducido si se dispusiera fácilmente de un control de la natalidad efectivo y seguro. (Reitero que la "disponibilidad" no es sólo una condición técnica sino también cultural.)

Tanto las relaciones sociales de producción como las fuerzas productivas disponibles (en la definición ampliada) entran en la ecuación de fecundidad aquí esbozada, y debemos identificar en cada caso su combinación complementaria o contradictoria

14 Esta estructura de incentivos se establece para las parejas reproductivas al nivel de la unidad doméstica como una unidad de asociación/compartición; ésta es la unidad que asume los costos de sus miembros dependientes y tiende a beneficiarse de la futura contribución de los hijos. La especificación de esta estructura de incentivos no implica en ningún sentido, como sostienen los teóricos del capital humano, que los intereses de ambos cónyuges estén armoniosamente alineados dentro de la estructura unitaria de la unidad doméstica. Claramente, los costos y los beneficios potenciales de los hijos no están simétricamente repartidos; los intereses de las mujeres están regularmente sumergidos: sacrificados "por el bien de la familia". Es importante especificar este alineamiento interior sin perder de vista la estructura unitaria de la unidad doméstica.

particular. Esto implica que la dinámica de la fecundidad de una clase trabajadora dada en un modo de producción dado no puede despacharse como una sola configuración de fuerzas de fecundidad, sino que más bien debe concebirse como una *gama* variable dentro de un conjunto de condiciones límites. Estos límites son establecidos por la relación de las unidades domésticas con los medios básicos de producción y subsistencia, que estructura los parámetros del primer paso dentro de los cuales se desarrolla un régimen específico de fecundidad. Si se sobrepasan estos límites, entonces la propia relación de clase se disuelve y se entra en algún otro modo de producción.

El marxismo clásico y las "leyes" de población

En el primer volumen de *El Capital*, Marx escribe: "Cada modo histórico especial de producción tiene sus propias leyes especiales de población [...]".¹⁵ Esto subsiste actualmente como una aseveración escueta que las subsecuentes generaciones de marxistas nunca han elaborado ni tratado de sustanciar en algún estudio sostenido.¹⁶ Dentro de un momento trataré de movilizarla como una hipótesis orientadora al dar sentido a la transición demográfica de Europa occidental, pero primero es necesario explicitar varias de sus implicaciones.

Deberíamos entender aquí por "leyes" de población lo que Marx entiende por leyes en otros contextos en su economía política: un conjunto de fuerzas y tendencias persistentes y a largo plazo que nunca operan en forma pura o libre en el mundo real, pero que persisten no obstante mientras el modo de producción esté vigente. No estamos entonces hablando de "una ley" en el sentido de un conjunto de fuerzas que garanticen en diversas condiciones un resultado uniforme. Estamos hablando de una *interacción característica* de fuerzas y relaciones de fecundidad y mortalidad que permiten desarrollos *dentro* de un modo dado y al mismo tiempo entrañan discontinuidades en las transiciones de un modo a otro. Además, es importante señalar que la aseveración de Marx, muy consecuente con toda su orientación a la economía política, sostiene el principio cardinal de la *especificidad histórica* para cada modo de producción y cada época en la historia, rechazando cualquier ley natural o eterna del crecimiento poblacional humano o de la sobrepoblación. Marx establece esta proposición explícitamente al polemizar con Malthus. Es una proposición que nosotros debemos tratar de sostener, como un primer principio, en la investigación histórica de patrones poblacionales particulares.¹⁷

Aplicando el principio de especificidad histórica a las formas de unidad doméstica y a los regímenes de fecundidad, generamos la siguiente pauta metodológica: diferentes modos de producción entrañarán diferentes configuraciones *ud / f / p* y regímenes de fecundidad. Esto no significa que cada elemento en el conjunto doméstico sea único para un modo dado, sino solamente que toda la estructura —la configuración de los elementos— es históricamente única: específica de un modo dado y de las clases

15 Moscú, 1954, p. 592.

16 John Caldwell ha presentada recientemente una perspectiva audaz que integra la dimensión demográfica en un concepto revisado de modo de producción; véase: "Toward a Restatement of Transition Theory", *Population and Development Review*, 1976, n. 2 (3-4), pp. 231-66; y "A General Theory of Fertility: Conditions of High Stable Fertility and the Nature of Destabilization", *ibid.*, 1978, n. 4 (4), pp. 553-77. Su paradigma *base/superestructura* está en franca contradicción con mi concepto de la infraestructura ampliada, y los lectores deberían hacer una comparación. (Yo no la haré, por haber descubierto el trabajo de Caldwell cuando el presente artículo ya estaba escrito.)

17 Es importante reconocer, sin embargo, que Marx no sostuvo consecuentemente el principio de la especificidad histórica en lo tocante a los patrones poblacionales en *El Capital*, sino que a menudo recayó en el discurso naturalista por el que criticó a Malthus. Cf. Primer Volumen (Moscú, 1954), pp. 537, 594 y 600.

sociales dentro del modo. Esto significa también que el resultado poblacional agregado —el balance de fecundidad, migración y mortalidad— podría ser similar en sociedades en las que dominan diferentes modos de producción, pero que la forma en que este resultado fue generado sería marcadamente diferente en cada caso.

El principio de especificidad histórica tal como se aplica a la dinámica poblacional también entraña un rechazo de cualquier estudio demográfico que *abstraiga* tasas de fecundidad y mortalidad separadamente de la estructura social específica de la comunidad bajo estudio. Como escribe Marx en los *Grundrisse*: "La población es una abstracción si no tomo en cuenta, por ejemplo, las clases que la componen [...] [la población en abstracto] es una concepción caótica del todo".¹⁸ Lenin subsecuentemente retomó esta polémica en *¿Quiénes son los amigos del pueblo?* La misma sigue siendo una posición perfectamente válida y una condenación elocuente de una gran parte de la demografía contemporánea, empeñada todavía precisamente en tal abstracción a despecho de una conciencia cada vez mayor dentro del campo de la naturaleza problemática de la macroagregación desprovista de especificación histórica y estructural detallada.

Si tomamos en serio la aseveración de Marx en *El Capital* de que los modos de producción específicos tienen su propia dinámica poblacional característica, me parece que estamos obligados a asumir dos corolarios a fin de ser consecuentes con la metodología del materialismo histórico: 1] Las principales determinaciones de la dinámica poblacional son endógenas a cada modo de producción y deberíamos tratar de localizarlas allí, en sus interacciones. 2] Deberíamos también postular que las fuerzas poblacionales entrarán periódicamente en contradicción con ellas mismas y con otros elementos de cualquier sistema socioeconómico dado, y tenderán a hacer su propia contribución al impulso de desarrollo de modos particulares a través del tiempo y el espacio, y en última instancia a su transformación revolucionaria. Afirmo esto como una hipótesis inicial consecuente con los principios teóricos del materialismo histórico, pero la misma parece recibir también una obligada confirmación empírica en la historia. Las dos mayores revoluciones de las fuerzas productivas en la historia son, muy posiblemente la Revolución Agrícola (cuando los forrajeros nómadas empezaron a hacerse sedentarios, a remover la tierra y a sembrar y cosechar) y la Revolución Industrial (cuando la maquinaria masiva reemplazó las herramientas manuales como medio de producción dominante). En estos dos parteaguas decisivos e irreversibles, parece ser que importantes trastornos en los patrones poblacionales anteriores ocurrieron en la fase de gestación, inmediatamente antes de los grandes cambios en la tecnología disponible. En ambos casos, el resultante crecimiento rápido de la población aparentemente proporcionó sus propios aceleradores en la formación del ímpetu revolucionario, efectuando una transición de un modo de producción a otro.¹⁹

II. CONTORNOS DE LA REVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA

En términos muy generales, ¿cuáles fueron los perfiles de la transición demográfica en Europa occidental?²⁰ Hasta 1750 aproximadamente (nuestra percepción se hace más opaca, por supuesto, mientras más nos remontamos en el tiempo), las grandes

18 Nueva York, 1973, p. 100.

19 Sobre la Revolución Neolítica, véase M. N. Cohen, *The Foods Crisis in Prehistory: Overpopulation and the Origins of Agriculture*, New Haven, 1977.

20 Aquí me concentro exclusivamente en la masa de las clases trabajadoras, dejando de lado a la aristocracia y la burguesía. No supongo que las clases trabajadoras *siguieran* a las clases dominantes en la alteración de sus patrones de fecundidad, sino más bien que éstos cambiaron por las *propias* razones socioeconómicas de las clases trabajadoras.

poblaciones campesinas de Europa occidental parecen haber vivido y trabajado dentro de un régimen homeostático de frenos y contrapesos demográficos, de tal suerte que el crecimiento poblacional, a la larga, fue muy leve. (Es de dudarse que la población de Europa a principios del siglo XVIII hubiese superado ya su nivel máximo anterior a la plaga en el siglo XIV.) El término "homeostático" bien podría ser engañoso, pues no se trató de ningún equilibrio plácido sino de un proceso continuo de *equilibramiento* —de trastorno, crisis y rectificación— durante el cual las crisis de mortalidad diezmaron periódicamente a las masas rurales y a continuación de las cuales las tasas de fecundidad aumentaban en respuesta a la mayor disponibilidad de tierra arable y a la menor edad matrimonial. Ello no obstante, el freno normal al crecimiento poblacional no se ejerció a través de las guerras, las epidemias y la hambruna, sino más bien a través del control de la fecundidad, principalmente por medio del retraso y la disuasión del matrimonio. En periodos de mortalidad sin mediación de crisis, cuando la situación agraria era generalmente difícil, el promedio de edad de las mujeres en su primer matrimonio aumentó (hasta más allá de los veinticinco años en la mayoría de las regiones) y frenó las tasas de fecundidad. En este patrón matrimonial característicamente europeo occidental, el promedio de edad de las mujeres en su primer matrimonio era aproximadamente 26 años, cuando menos el 10% de las mujeres nunca se casaban y sólo el 2% de los niños nacían fuera del vínculo matrimonial.²¹ El retraso y la disuasión del matrimonio mismo eran, pues, el principal regulador de la fecundidad en las aldeas de Europa occidental; el control de la natalidad efectivo dentro del matrimonio era relativamente débil o inexistente.

Dentro de un momento volveremos a examinar más detenidamente este régimen de fecundidad. Aquí sólo quiero subrayar que éste no era un régimen de fecundidad incontrolada. Cuando los demógrafos hablan en términos generalizadores de una transición de una "fecundidad natural y alta" a una "fecundidad controlada y baja", estos vagos mimbres descriptivos ocultan el hecho de que a] no había nada particularmente natural en cuanto a la "fecundidad natural", y b] el régimen de fecundidad campesino moderno de los primeros tiempos era *relativamente* bajo en comparación con los regímenes proletario y protoindustrial en el mismo periodo.

La gran explosión poblacional

La tasa de crecimiento de la población de Europa occidental empezó a acelerarse hacia 1750, duplicándose hacia 1800. Fue la naturaleza *sostenida* de este auge, sin contracciones cíclicas contrarrestantes, lo que lo distinguió de todos los periodos de aumento anteriores. En siglo y medio la población de Europa se *triplicó* con creces, llegando a los cuatrocientos millones hacia 1900 a pesar del éxodo de unos cuarenta millones de personas —mayormente hacia las Américas— en la mayor migración intercontinental de la historia.

Los demógrafos históricos han discutido durante mucho tiempo si fue la mortalidad menguante o la fecundidad creciente lo que proporcionó la fuerza impulsora en esta revolución vital sin precedentes en Europa occidental.²² Arrastrados por la dinámica del

21 Daniel Scott Smith, "A Homeostatic Demographic Regime: Pat-terns in West European Family Reconstitution Studies", en R. D. Lee (comp.), *Population Patterns in the Past*, Nueva York, 1977.

22 En la década pasada, la concepción prevaleciente ha favorecido fuertemente la mortalidad decreciente como el factor principal, con el centro de la controversia desplazándose hacia una explicación de este descenso (es decir, los progresos en la medicina, el clima o los niveles de vida y la nutrición). *The Population History of England, 1541-1871* (Cambridge, Mass., 1981), de Wrigley y Schofield, romperá seguramente el consenso sobre la mortalidad, para el caso de Inglaterra cuando menos. Estos autores estiman que el auge poblacional de Inglaterra en el siglo XVIII y comienzos del XIX se debió en gran

debate polarizado, la mayoría ha optado por el papel unilateral de un factor minimizando o negando de plano la contribución del otro. No he conocido hasta ahora ninguna prueba o argumento convincente que me mueva a tomar partido por uno u otro bando. Ciertamente las crisis de mortalidad declinaron en el continente europeo en el siglo XVIII con una disminución en la ferocidad y la frecuencia de las guerras, las hambrunas y las epidemias. (Las tasas de mortalidad en años normales sin crisis, por contraste, no disminuyeron mucho antes de la segunda mitad del siglo XIX.) Los estudios locales de reconstitución familiar indican también, de manera bastante sostenida, que las tasas de fecundidad de edad específica aumentaron en aquellos sectores crecientes de los campesinos sin tierra dedicados a la industria doméstica y al trabajo asalariado de todo el año. De esta suerte, los cambios en ambas tasas vitales parecerían haber contribuido a la revolución demográfica. ¿Cómo pesamos entonces sus efectos respectivos y cómo valoramos su interacción?

No se puede lograr ningún progreso real hasta que los agregados nacionales para las tasas brutas de nacimientos y muertes sean desglosadas y las *regiones* socioeconómicas específicas de Europa occidental sean distinguidas y comparadas, haciendo resaltar la dinámica demográfica de las principales *clases* (trabajadoras) en cada región.²³ Al revisar la literatura pertinente, me parece que emergen los siguientes patrones para tres tipos distintos de regiones socioeconómicas de Europa occidental: las grandes ciudades preindustriales, las zonas rural-agrícolas y las nuevas áreas industriales.

1] Los viejos centros comerciales y administrativos preindustriales y las ciudades

medida a la fecundidad ascendente, con el matrimonio más temprano y más universal como la segunda causa (pp. 242-47).

23 Más allá de los estudios de reconstitución local, la mayoría de los demógrafos históricos han aceptado los Estados nacionales y sus subdivisiones locales como unidades apropiadas de agregación y análisis. La compilación de estadísticas rutinariamente generadas por las dependencias gubernamentales hace virtualmente obligatoria la adopción de unidades estatal-territoriales, cuando menos como un primer paso. En la mayoría de los Estados de Europa occidental existe información demográfica viable desde mediados del siglo XIX en adelante. La Oficina de Investigación Poblacional en la Universidad de Princeton, bajo la dirección de Ansley Coale, ha auspiciado un conjunto especialmente importante de estudios sobre las tasas de fecundidad decrecientes en Europa, en los que diferentes estudiosos adoptan mediciones corrientes y criterios comunes al evaluar el historial demográfico de los diversos Estados. Los estimados nacionales para los periodos más tempranos han sido desarrollados mediante métodos de agregación ingeniosos pero todavía muy problemáticos y sopesando estudios locales de reconstitución familiar, con información generada a su vez por una gran diversidad de fuentes locales, originalmente registrada por funcionarios eclesiásticos y estatales. La largamente esperada *The Population History of England* de Schofield y Wrigley es técnicamente un *tour de force* que indudablemente perdurará por muchos años como un ejemplo preeminente de reconstrucción cuantitativa para los siglos anteriores a la creación de registros nacionalmente uniformes. Pero subsisten problemas conceptuales mayores, que ningún refinamiento técnico ni ingeniosidad pueden resolver. Pues el tipo de demografía histórica que se realiza en Princeton adopta unidades de análisis nacionales y provinciales sin ningún intento sostenido de generar desgloses regionales y de clase sobre la base de categorías socioeconómicas pertinentes. Los totales de varias clases y de regiones mixtas que se compilan, estadísticamente manipulados e interpretados, ocultan inevitablemente la variación estructural en estos términos. El resultado es una preocupación excesiva por las comparaciones nacionales ("el patrón francés versus el patrón inglés). Las variaciones clasistas y regionales son generalmente tratadas como una ocurrencia secundaria en un marco de referencia de avance y retraso que se basa implícitamente en un supuesto difusionista cultural conservador: las clases bajas y las regiones atrasadas van a la zaga de sus superiores, pero acaban por seguirlas en su ruta a la modernidad y el progreso. A los historiadores sociales revisionistas antes mencionados hay que reconocerles el mérito de haber hecho resaltar, cuando menos, la dinámica clasista y regional endógenamente activa en muchos estudios locales. Las agregaciones internacionales y las interpretaciones sintéticas basadas en ejes regionales y clasistas todavía no aparecen en la literatura de lengua inglesa en este campo, aunque véase Heines (op. cit.) para un estudio internacional basado en las categorías de empleo.

capitales de Europa habían sido generalmente consumidores netos de población a lo largo de la época medieval y los primeros tiempos de la moderna con tasas de mortalidad mucho más altas que las de las zonas rurales adyacentes; la afluencia hacia los centros urbanos frenó el aumento general de la población en el continente cuando menos hasta el siglo XVIII. La expectativa de vida mejoró ligeramente en el siglo XVIII, tendiendo hacia fines de siglo a equilibrar la ecuación reproductiva, pero los viejos centros urbanos no se convirtieron en fuentes dinámicas de crecimiento poblacional indígena mucho antes de la segunda mitad del siglo XIX, cuando una infraestructura mínima de agua corriente, drenaje y eliminación de basura fue establecida finalmente en los populosos arrabales de esas ciudades, con dramáticas mejoras en la expectativa de vida de los trabajadores pobres. Así, antes de 1850 las fuentes principales de crecimiento poblacional no pueden encontrarse en las grandes ciudades: la expansión de éstas se debió casi totalmente a la inmigración.

2] Desde la Edad Media, las zonas agrícolas del campo europeo habían sido la fuente primaria del crecimiento poblacional en el continente. Las tasas de fecundidad de edad específica entre los campesinos, aparceros y jornaleros en las aldeas agrícolas no parecen haber aumentado mucho, si es que algo aumentaron, de 1750 a 1850, y en algunas regiones (p. ej., algunas partes de Francia) definitivamente disminuyeron. La reducción de la mortalidad debida a las crisis en el mismo periodo significó que una proporción significativamente mayor de los adultos casados sobrevivieron a sus años reproductivos. La declinación de la mortalidad parece ser, pues, el factor primario en el desencadenamiento del auge poblacional en estas regiones entre las clases trabajadoras basadas en la agricultura.

3] Las regiones de crecimiento más rápido en Europa occidental durante el primer siglo de la transición demográfica fueron con mucho aquellas zonas rurales donde la industria doméstica proliferó y donde surgieron pueblos mineros. El principal factor contribuyente al auge poblacional sin precedentes de estas regiones parece haber sido un aumento sustancial en las tasas de fecundidad.

La ruptura protoindustrial

La tasa de fecundidad marital de cualquier población puede desglosarse en tres promedios de edad específica: a] la edad de las mujeres en el primer nacimiento (comienzo) ; b] los intervalos entre los nacimientos (espaciamiento) ; y c] la edad en el último nacimiento (detenimiento). La principal diferencia entre la fecundidad del populacho en vías de proletarización de las nuevas regiones industriales y la población de otras regiones parece haber residido en este factor. Hubo una disminución de dos a tres años en el promedio de edad en el primer matrimonio, una reducción concomitante de la edad de las mujeres en el primer nacimiento, y un aumento en el número de nacimientos por matrimonio completado. La proporción de la población que se casaba también aumentó, al igual que la frecuencia de los nacimientos fuera del vínculo matrimonial. Estos cambios, combinados, hicieron aumentar dramáticamente la tasa de nacimientos de las mujeres menores de 25 años. (En las aldeas campesinas, por contraste, esta tasa siguió siendo muy baja.) Como resultado de ello, el periodo generacional medio de rotación se abrevió, y la expansión demográfica de una generación se combinó más rápidamente con la siguiente.

El promedio de los intervalos entre los nacimientos parece haberse abreviado ligeramente con la proletarización, pero esta compensación al aumento de la mortalidad infantil en las nuevas ciudades industriales probablemente no hizo más que contrarrestar el aumento de esta última. El promedio de edad de las mujeres de clase trabajadora en el

último nacimiento siguió siendo cercano a la menopausia y no descendió mucho antes del último cuarto del siglo XIX. En suma, fueron los cambios en la edad y la frecuencia del matrimonio mismo los que desempeñaron el papel central en la inauguración del nuevo régimen de fecundidad proletaria.

Si bien la mortalidad adulta puede haber mejorado ligeramente entre las poblaciones proletarias, las tasas de mortalidad infantil ciertamente no mejoraron, permaneciendo significativamente más altas que las de las regiones agrícolas adyacentes (a niveles comparables de pobreza) a lo largo del primer siglo de la transición demográfica. No podemos entonces atribuir razonablemente el crecimiento de la población indígena en esas regiones a las tasas de mortalidad menguantes; la fecundidad creciente parece ser mucho más significativa.

La emigración masiva de regiones agrícolas a regiones industriales fue el otro factor principal en el aumento poblacional de las segundas. El crecimiento de las zonas protoindustriales interrumpió y desvió el viejo patrón de migración rural-urbana. Las grandes ciudades dejaron de absorber y de diezmar todo el excedente del campo como lo habían hecho anteriormente; las nuevas regiones industriales se convirtieron en las principales áreas de captación de los pobres y los desempleados de las zonas agrarias. Una gran proporción de este influjo se componía de jóvenes adultos de edad casadera, que se alejaban del control paterno y de las restricciones culturales de las comunidades aldeanas. Este tipo de migración acentuó, pues, la diferenciación de los patrones de fecundidad entre las regiones, acelerando el desplazamiento hacia el matrimonio más temprano y casi universal en las nuevas zonas de capitalismo industrial naciente. Después de más de un siglo de auge poblacional en Europa occidental, las tasas de fecundidad finalmente empezaron a disminuir pronunciadamente, cayendo de un promedio anual de 33 nacimientos por cada mil habitantes en 1870 a sólo veinte hacia 1930 (cerrando la brecha con las tasas de mortalidad que todavía estaban declinando en este periodo, pero mucho más lentamente que antes).²⁴

III. FORMAS DE UNIDAD DOMÉSTICA Y REGÍMENES DE FECUNDIDAD

Permítaseme indicar ahora, de una manera muy descarnada y confesadamente esquemática, cómo puede movilizarse efectivamente el marco ampliado del modo de producción al explicar la transición demográfica en el caso de las principales clases trabajadoras en Europa occidental. Haré tal cosa partiendo de cuatro tipos básicos de

²⁴ Francia fue la excepción a este patrón: su tasa nacional de fecundidad fue descendente durante un siglo cuando menos antes que la del resto de Europa occidental. Se han hecho muchos intentos para explicar la precocidad de Francia en este aspecto. Mi corazonada es que ello se debió a la peculiar desigualdad de la revolución burguesa en Francia, que fue singularmente avanzada en los frentes político y cultural mientras era relativamente atrasada en términos socioeconómicos. El campesinado francés permaneció firmemente ligado a la tierra a lo largo del siglo XIX y el ritmo de la proletarización fue relativamente lento. Como resultado de ello, la capacidad prolixa de las masas rurales, reprimida por el sistema del rincón-de-tierra (*land-niche system*) del *ancien régime*, no se desencadenó como en otros países, sobre todo Inglaterra. Por otra parte, la Revolución Francesa alteró profundamente la cultura y la conciencia de las masas trabajadoras, urbanas y rurales, penetrando en lo hondo del campesinado. El modernismo cultural y una forma particular de racionalismo secular echaron raíces en el campo francés casi un siglo antes del advenimiento de la instrucción universal. Los campesinos franceses empezaron a practicar el control de la natalidad en amplia escala (con la aquiescencia tácita del clero aldeano) mucho antes de que los campesinos y los proletarios lo hicieran en otros países, tanto protestantes como católicos. Puesto que la fecundidad de Francia empezó a declinar antes que en otros países de Europa occidental, su transición a la baja fecundidad fue un proceso gradual y prolongado; debe señalarse, sin embargo, que las tasas de fecundidad en Francia disminuyeron considerablemente (22%) en el periodo de 1870-1900, cuando las tasas en otras naciones empezaban su descenso más rápido.

unidad doméstica, cada uno de ellos con un régimen de fecundidad distintivo.²⁵

1] Una unidad doméstica *campesina*, dominante antes del comienzo de la transición, que todavía es parte del modo de producción feudal-señorial, ahora agonizante. El principal modo de regulación de la fecundidad en la aldea campesina es el "sistema de rincón-de-tierra/matrimonio tardío" o lo que ha sido llamado la "válvula de nupcialidad". Este no es, en general, un régimen de crecimiento secular.

2] La unidad *protoindustrial* de industria doméstica, basada en la producción independiente de mercancías —un modo de producción específico, necesariamente subordinado, pero a menudo difundido— que proliferó en las zonas rurales de Europa occidental en los siglos XVII y XVIII durante la prolongada transición al capitalismo industrial.²⁶ El régimen de fecundidad operante aquí ha sido llamado un "invernadero demográfico": un sistema de demanda de trabajo no *mediada*, a corto plazo y de familia nuclear, en el que la regulación de la herencia de la tierra intergeneracional a largo plazo ha sido desbordada por el viraje hacia la producción no agraria de mercancías. La unidad doméstica protoindustrial tiende a crear familias grandes, en los buenos y en los malos tiempos, contribuyendo al impetuoso crecimiento neto de la población.

3] La unidad doméstica *proletaria de los primeros tiempos*, localizada principalmente en áreas rurales o en nuevas ciudades industriales, con la mayoría de sus miembros no dedicada a la producción fabril (hasta fines del siglo XIX, cuando estamos entrando en la fase de marcada disminución de la fecundidad y saliendo de este tipo). Seguiré aquí a Tilly y Scott al llamar a esta configuración "la economía de salario familiar", en la que la contribución de los salarios de los niños era indispensable a la manutención estable de la unidad.²⁷ El régimen de fecundidad aquí es uno de demanda de trabajo familiar mediada a corto plazo (mediada, es decir, por las condiciones en el mercado de trabajo), y la tendencia general es a un crecimiento poblacional bastante rápido, pero afectado críticamente por la situación de empleo (para hombres, mujeres y niños, todos de manera distintiva) y los niveles de salario real, fluctuando por lo tanto hacia arriba, dependiendo de estas condiciones del mercado.

4] La unidad doméstica *proletaria madura*: cuyos principales aportadores de ingresos masculinos están concentrados sobre todo en las industrias plenamente capitalistas:

25 Dentro de las limitaciones de espacio del presente trabajo, me estoy ocupando de clases inmensas y muy diversas como bloques sociales unitarios, como si hubiera un solo régimen de fecundidad para cada clase. La realidad, por supuesto, es más complicada, pero tal complejidad no tiene por qué malograr el marco conceptual aquí esbozado. Considérese la cuestión de los estratos más ricos y más pobres dentro del campesinado y el proletariado: bajo el *ancien régime*, los estratos más ricos del campesinado, con más tierra y una mayor necesidad de fuerza de trabajo familiar, tendían a tener familias más numerosas que los pequeños terratenientes, aparceros o jornaleros. Si un cambio en el modo de producción determina una diferencia importante, entonces esperaríamos encontrar un patrón muy diferente para el proletariado bajo el capitalismo; y, efectivamente, prevalece un patrón contrario. Las parejas más pobres, con un interés urgente en los futuros salarios de sus hijos, tendían a procrear más descendientes, en tanto que los estratos mejor remunerados de artesanos, dependientes y (más tarde) oficinistas formaban típicamente familias más pequeñas. Incluso las variaciones de patrón entre los estratos dentro de una clase son fenómenos de clase específica y se dilucidan mejor dentro de una concepción de las clases sociales basada en un modo de producción dado.

26 El término "protoindustrial" fue acuñado por Mendel (véase "Protoindustrialization: The First Phase of the Industrialization Process", *Journal of Economic History*, 1972, pp. 241-66) y desde entonces es una designación corriente para la industria doméstica rural. Supongo aquí que las zonas protoindustriales se organizaron predominantemente sobre la base de la producción simple de mercancías que operaba dentro de una formación abovedada dominada económicamente por el capital mercantil. Como formas transicionales, muchas áreas de industria doméstica rural contenían relaciones de producción que eran ya capitalistas en un sentido primitivo en el siglo XVIII.

27 Véase Tilly y Scott, *Women, Work and Family*, op. cit.

minas, fábricas de textiles y fábricas de maquinofactura intensiva; cuyos hijos iban ahora en su gran mayoría a la escuela, cuando menos hasta la adolescencia; y cuyas mujeres casadas estaban principalmente confinadas al trabajo doméstico (mayormente la conversión salarial para el consumo familiar, no la manufactura doméstica), especialmente durante sus años de procreación. Éste es un régimen de control natal dependiente de la paridad en el matrimonio, que cesa sin embargo en los primeros años de la treintena, en el que ya no hay incentivos económicos para tener familias numerosas, basadas en las perspectivas de aportes de trabajo de los hijos a la unidad familiar. Consideremos ahora cada uno de estos tipos de unidad doméstica a su vez.

Unidades domésticas campesinas

Las unidades domésticas de la aldea campesina se reproducían de una generación a otra dentro de un sistema bastante cerrado. Estaban dedicadas, predominantemente, a una actividad agrícola mixta de subsistencia para uso directo y trueque local, en la que el excedente se vendía para pagar la renta y no primordialmente para obtener una ganancia. Y si bien las familias campesinas, a través de la línea masculina, tenían posesión efectiva de sus medios de producción agraria (sobre todo la tierra), no estaban todavía completamente libres de la jurisdicción señorial, la ley tradicional y la costumbre solariega. Sus tierras, particularmente las parcelas arables centrales, no eran libre y permanentemente enajenables como mercancías a través del intercambio de mercado, y las leyes y costumbres de herencia locales todavía fijaban los límites básicos dentro de los cuales los jefes de familia campesinos trazaban las estrategias de opciones de herencia para transferir su patrimonio. Los niños campesinos que llegaban a la adultez biológica tenían que esperar su oportunidad y aguardar a que sus mayores jugaran sus cartas maritales. Los medios de vida alternativos —suficientes para independizarse y formar su propia unidad doméstica sin la aprobación paterna— eran pocos e infrecuentes; o cuando menos lo bastante alejados del mundo de la comunidad campesina como para que los jóvenes aldeanos los desconocieran o se sintieran intimidados ante ellos. En esta situación, la endogamia aldeana (definida de manera general para incluir los villorrios vecinos) prevalecía, y la mayoría de los matrimonios tenían que esperar a que una parcela de tierra (incluido el ganado y los implementos agrícolas) estuviera disponible para formalizarse y consumarse.

La posposición del matrimonio dejaba a muchos adultos jóvenes desocupados durante un periodo limitado de años, y la aldea campesina regulaba esta población residual mediante la institución del servicio doméstico, redistribuyendo continuamente a los adultos jóvenes en masa entre las propiedades más productivas de la región local. Como sirvientes, vivían en las unidades domésticas de sus superiores sociales y quedaban directamente bajo su control. Este era un apéndice del sistema patriarcal y no una alternativa para el mismo. Los límites de la disponibilidad de tierras, el matrimonio designado y las costumbres de herencia determinaban así el ritmo de la formación de nuevas unidades domésticas, y la inmensa mayoría de los adultos jóvenes preferían esperar para asegurar sus propias unidades domésticas independientes, en lugar de casarse e irse a vivir con los padres (generalmente los del varón).

Las costumbres de herencia variaban de una legión a otra, de manera que es difícil generalizar, pero las fuerzas reales en juego variaban algo menos que la ley. Los jefes de familia campesinos y los señores consideraban por igual que lo deseable, sobre todo, era mantener intacta la parcela principal —el principal medio de producción—, evitando su fragmentación siempre que fuera posible. Pero contrarrestando el objetivo de la integridad de la tierra existía la necesidad in-tensamente sentida de compensar a los no

herederos, especialmente de casar a las hijas con dotes adecuadas a su posición social. Era por lo tanto necesario acumular una forma de riqueza mobiliaria o monetaria, por encima y más allá de la propiedad básica, para compensar a los no herederos y excluirlos efectivamente de futuras reclamaciones sobre el patrimonio. Esto es lo que yo llamo un sistema de herencia de facto de *indivisibilidad compensatoria* que tiende a surgir "entre" las dos formas puras de herencia divisible e indivisible en condiciones de jurisdicción señorial.

Éste es, pues, un boceto muy elemental de la aldea feudal tardía de cultivadores campesinos dependientes. Puesto que el matrimonio estaba ligado aquí a la disponibilidad de tierras arables en virtud del control patriarcal y la ausencia relativa de alternativas, y la neolocalidad era la norma, el matrimonio era característicamente tardío y no universal.²⁸ El principal modo de regulación de la fecundidad en estas circunstancias se daba en el primer nivel antes esbozado: el matrimonio mismo era bloqueado y retardado, y las mujeres, en promedio, no tenían hijos durante los primeros doce o catorce años de su fase vital fecunda, hasta pasados los veinticinco años. Ésta era, pues, la válvula de nupcialidad, atenuada o acentuada en relación con la disponibilidad de tierras (o empleos alternativos, cada vez más prevalecientes en el siglo XVIII).

La ecuación de incentivos dentro del matrimonio (patriarcalmente prejuiciada por las consideraciones patrilineales) pesó fuertemente en un principio en favor de la procreación de hijos para trabajar en la granja, para heredar la propiedad (varones preferiblemente) y para cuidar a los padres en su vejez. Pero no demasiados hijos, puesto que todos los que no estuvieran en línea de sucesión hereditaria respecto de la tierra constituían a la larga una sangría de su riqueza mobiliaria, obligando a la concesión de dotes y otras formas de herencia *pre-mortem*. Sin embargo, siendo los

28 J. Hajnal en un artículo seminal ('European Marriage Patterns in Perspective', en *Population in History: Essays in Historical Demography*, D. V. Glass y D. E. C. Eversely [comps.], Londres, 1965, pp. 101.43). identificó por primera vez un patrón marital europeo occidental distintivo caracterizado por el matrimonio tardío (23 años y más) y no universal (90% o menos). Hajnal detectó tal patrón al oeste de una línea de Trieste a Leningrado en una época tan lejana como el siglo XVII; al este, el matrimonio era más temprano y más universal. La investigación posterior ha tendido a confirmar los hallazgos de Hajnal, moviendo un tanto su línea de demarcación para incluir a Estonia y Polonia en la región oriental. Como es de esperarse, los diferentes patrones de matrimonio están vinculados con normas divergentes de formación de unidad doméstica, co-residencia y transferencia intergeneracional de riqueza. En tanto que en el oeste prevalecía la neolocalidad y las unidades domésticas de familia nuclear eran la norma, en el este la patrilocalidad era lo acostumbrado en muchas regiones y las formas familiares combinadas de co-residencia y producción cooperativa eran habituales.

No está claro si el patrón de matrimonio europeo occidental se originó en la Edad Media o fue un producto de desarrollos posteriores. Es muy posible que haya coincidido con una infraestructura solariega distintiva que comprendía el sistema de faja de tierra de tres campos y el asentamiento aldeano nucleado, junto con una fuerte tendencia a la endogamia local. Michael Mitterauer y Richard Seider (*The European Family: Patriarchy to Partnership from the Middle Ages to the Present*, Oxford, 1982) postulan que "los cambios extensivos en la estructura agraria producidos por el movimiento colonizador de la Alta Edad Media se limitaron precisamente a aquellas zonas donde se desarrollaron el patrón matrimonial europeo y las correspondientes formas familiares" (p. 38). La diferencia *Este/Oeste* en las normas maritales y las formas familiares estuvo probablemente relacionado con la diferenciación en los modos prevalecientes de explotación señorial, originada en la crisis generalizada del orden feudal en el siglo XVI. En tanto que los servicios de trabajo en la heredad del señor tendían a ser trocados por productos y rentas monetarias en el oeste, en Europa oriental persistía la labor no remunerada (*corvée*). Estas tendencias divergentes en el modo de explotación parecen haber fomentado diferentes patrones de equilibrio tierra/fuerza de trabajo. En el este, la tierra tendía a ser redistribuida en torno a fluctuaciones cíclicas en el tamaño y la relación de dependencia del grupo familiar co-residente, con la integridad de la tierra salvaguardada a través de la extensión vertical de este grupo. En el oeste, la integridad de la tierra se mantenía a través de la posposición y la disuasión del matrimonio, y la fuerza de trabajo de la juventud se distribuía entre las granjas a través de la institución del servicio doméstico.

medios de control natal rudimentarios y culturalmente desalentados o prohibidos, era difícil para las parejas dejar de reproducirse a mediados o finales de su treintena, cuando habían alcanzado lo que habrían podido considerar como el tamaño ideal de su familia. El espaciamiento de los nacimientos era más fácil de lograr, y fue evidente en muchas zonas; por voluntad de las mujeres, puede suponerse, al insistir en la abstinencia, o mediante la lactancia prolongada y el amamantamiento activo, mucho más que a causa de la autodisciplina sexual de los hombres.

Unidades domésticas protoindustriales

Las unidades domésticas protoindustriales proliferaron en el siglo XVIII en las regiones rurales de Europa occidental donde la tierra era pobre y la agricultura de subsistencia, por sí misma, había dejado de ser viable.²⁹ Dondequiera que un centro urbano con su correspondiente mercado se hallaba cerca y los comerciantes capitalistas estaban atentos a las posibilidades de explotar la mano de obra rural doméstica, surgió la industria doméstica para ocupar la parte del año en que la demanda de mano de obra para la agricultura era prácticamente nula. Éste era un medio de vida mixto, y la integración de la agricultura de subsistencia con la producción artesanal doméstica para mercados supralocales era particularmente fuerte. Pero, con el transcurrir del tiempo, el aspecto de producción de mercancías de la empresa doméstica se hizo cada vez más dominante. Tenemos, en consecuencia, unidades domésticas dominadas por los requisitos de la producción familiar independiente para el mercado: un nuevo modo de producción.

De manera nada sorprendente, encontramos un régimen de fecundidad completamente diferente. El imperativo de la integridad de la tierra se ha debilitado, puesto que el medio de vida de la unidad doméstica no dependía ya primordialmente de la tierra (y del tamaño de la parcela). Dado que las pequeñas parcelas eran suficientes, el cultivo de la tierra se asemejó cada vez más a la horticultura extensiva. Los medios de producción independientes eran ahora móviles, en la medida en que se separaban cada vez más de la tierra y una nueva unidad doméstica podía erigirse en negocio gracias a un comerciante y un préstamo. El control patriarcal sobre la prole familiar se debilitó en consecuencia. Las restricciones institucionales del primer nivel quedaron, pues, dramáticamente atenuadas, y la edad para el primer matrimonio se redujo; además, la estructura costo/incentivo se inclinó marcadamente en favor de la procreación dado que la oferta de trabajo era ahora estrictamente familiar.³⁰ Los sirvientes y los jornaleros no prevalecían generalmente como mano de obra complementaria en estas unidades domésticas. La gente era sencillamente demasiado pobre para poder pagar salarios; el

29 Obsérvese aquí cómo los cambios en el modo de producción dominante alteran los patrones y densidades de asentamiento. A lo largo de la Edad Media en las zonas feudales-solariegas del campo europeo la población creció en las mejores tierras arables y después se extendió sobre las tierras marginales en asentamientos más pequeños y menos densos. En los primeros tiempos de la era moderna, a medida que la producción simple de mercancías bajo los auspicios del capitalismo mercantil proliferó en las zonas rurales, la población tendió a crecer más en las tierras arables más pobres, derramándose sobre las nuevas ciudades industriales cercanas. El patrón de densidad poblacional quedó así completamente invertido en la transición del feudalismo al capitalismo.

30 En las aldeas agrarias tradicionales, los artesanos tendían a casarse antes que los campesinos, pero no tan pronto como sus homólogos en las aldeas protoindustriales abiertas o en las nuevas ciudades (Medick, op. cit., pp. 85-86). En este sentido, estaban "en medio" de los patrones campesino y protoindustrial que se presentan en este trabajo. Esta es una ilustración sencilla del principio general de que uno nunca debe aislar las relaciones de clase del contexto regional al analizar formas de unidad doméstica y regímenes de fecundidad. El modo de producción prevaleciente que opera en una región siempre condiciona la dinámica de los modos subsidiarios y no permite el pleno despliegue de la lógica de su desarrollo.

servicio doméstico se agotó cuando la edad matrimonial se redujo y los padres ya no podían controlar el momento del casamiento ni elegir al cónyuge. La pérdida del control paterno sobre el matrimonio no constituyó un contraincentivo para la procreación; los hijos de los artesanos domésticos tendían a permanecer como miembros productivos de las unidades domésticas de sus padres durante más tiempo que los hijos de los campesinos, estableciendo sus propias unidades domésticas inmediatamente, por lo general a través del matrimonio, cuando se separaban de los padres. Además, el colapso del sistema de dotes y otras formas de herencia *pre-mortem* eliminó un contraincentivo adicional a la procreación prolífica de las parejas pobres.

Si los niños hacían mover el huso, también representaban bocas que alimentar. Cada vez que los comerciantes apretaban las tuercas de la explotación o los precios del mercado descendían, el único recurso de la unidad familiar consistía en intensificar su trabajo en la producción de mercancías. Cada vez era más difícil volver atrás: las parcelas se hacían más pequeñas a pesar de la marginalidad del suelo. Los artículos no alimentarios se hacían cada vez más escasos sobre la base del trueque local y tenían que comprarse con dinero en ciudades distantes. La necesidad de un ingreso anual fijo aumentó. La participación intensificada en la producción de mercancías en pequeña escala, en condiciones de competencia prohibitiva a la larga por parte de talleres y fábricas capitalistas de mayor tamaño, empujó a las unidades domésticas protoindustriales hacia un callejón sin salida económico, en el que su creciente número de hijos (consecuente con un modo *extensivo* de explotación capitalista por parte de los comerciantes) se convirtió de una salvación en años de auge en un lastre en periodos de depresión del mercado. Éste fue, pues, el doble aprieto económico y demográfico del que la clase protoindustrial prolífica y en rápido crecimiento no podía escapar a la larga. Cada vez más, a medida que el siglo XIX avanzaba y la industrialización capitalista acorralaba una industria doméstica y una región tras otra, esta clase arrojaba a sus hijos a las filas cada vez más nutridas de una clase adyacente —el proletariado— al paso que sus miembros perdían la posesión efectiva de sus medios de producción.

Unidades domésticas proletarias de los primeros tiempos

En la transición al capitalismo en Europa occidental, la proletarización en masa (la formación de una masa de trabajadores que dependían de sus salarios y estaban divorciados de los medios de producción) precedió a la industrialización (la generalización del sistema fabril y la producción en masa por la maquinofactura) por un siglo o más. Sería, pues, erróneo pensar en una secuencia temporal: "de la protoindustrialización a la proletarización". De hecho, ambas clases fueron creciendo rápidamente durante el siglo XVIII, ambas contribuyeron al auge demográfico, y hubo un gran trasiego entre ellas por lo que tocaba a las masas rurales escasamente dotadas de tierra. Esto hace muy difícil precisar las aportaciones respectivas de las dos clases a la precipitada expansión poblacional de ese periodo, que obviamente variaron de una región a otra. Subrayo, por lo tanto, que lo que sigue a continuación es más una línea de razonamiento que una distinción empíricamente verificada entre los regímenes demográficos de las dos clases.

A diferencia de los pequeños productores independientes, los proletarios de los primeros tiempos no tenían propiedad que transferir de una generación a la siguiente, y por consiguiente estaban completamente exentos de cualesquier efectos de los patrones de herencia de la tierra e incluso de la herencia de oficios de padres a hijos, excepción hecha de un reducido sector artesanal surgido de los gremios y las asociaciones de

artesanos de los primeros tiempos. La máxima capacidad de obtención de salarios de la mayoría de los adultos proletarios —tanto mujeres como hombres— se daba temprano, en la segunda década de sus vidas, y por eso tendían a casarse jóvenes. Las unidades domésticas no estaban, en su caso, atadas de ninguna manera a una parcela de tierra arable, y podían por lo tanto establecerse bastante fácilmente mediante el pago de una renta en dinero. (Debemos señalar también, de pasada, que puesto que el matrimonio y la formación estable de la unidad doméstica estaban ahora ligados al empleo asalariado regular, el cual estaba sujeto a la notoria inseguridad de los despidos y a las depresiones en los negocios, la promesa de matrimonio debe de haber quedado incumplida en muchos casos, y este factor —hombres jóvenes errando por los campos y dejando mujeres en la estacada— probablemente explique en buena parte el marcado aumento de la fecundidad fuera del vínculo matrimonial que está estrechamente enlazado con la proletarización durante la centuria transcurrida entre 1750 y 1850.)

La proletarización también entrañó —cuando menos para la cohorte de la primera generación que perdió su lugar en la tierra— cierta pérdida de autoridad patriarcal de los padres sobre sus hijos, manifiesta en una mayor capacidad de los adultos jóvenes para cortejar, elegir a su cónyuge y lograr la sanción legal de sus matrimonios sin esperar a la aprobación de los padres. Sin la herencia de propiedad como una infraestructura para la selección de cónyuge y del momento de casarse por parte de los padres, y con una mayor capacidad por parte de los adultos jóvenes para asegurar su *propio* ingreso salarial y alojamiento, los obstáculos institucionales al matrimonio y a la formación independiente de unidades domésticas se redujeron dramáticamente.

Dentro del matrimonio, la obtención de ingresos suficientes para vivir era sumamente difícil. Los salarios eran bajos —debido primordialmente a una saturación de mano de obra durante todo ese periodo— y el salario del trabajador masculino no era ni con mucho suficiente para satisfacer las necesidades monetarias de la familia en la compra de los bienes de consumo necesarios, salvo en el caso de los artesanos mejor pagados. Al mismo tiempo, las mujeres casadas que estaban procreando eran abrumadoramente expulsadas del mercado de trabajo, dado que el advenimiento de la separación —característica del modo de producción capitalista— de la unidad doméstica del centro del trabajo *complicaba* la combinación del cuidado de los niños con el empleo extradoméstico por las mujeres. Pero este trabajo, en combinación con el ingreso salarial de un marido (a menudo irregular con largos periodos de desempleo), no bastaba para asegurar el sustento, y la primera fase de la crianza de los hijos, cuando éstos no tenían edad suficiente para obtener empleo, era generalmente de una pobreza aplastante. El objetivo urgente era, pues, superar este periodo difícil y poder mandar a los niños a trabajar. El ingreso de dos o tres menores, entre diez y dieciocho años de edad, podía constituir entre el 40 y el 60% del ingreso total de la unidad doméstica. El incentivo para la procreación era por lo tanto poderoso, aunque mediado por el mercado y las posibilidades de obtener empleo para los hijos en la zona donde la familia residía (la distancia recorrible a pie del centro de trabajo del marido). El otro incentivo de esta situación era conservar a los hijos adolescente en casa, junto con sus ingresos, el mayor tiempo posible.

Las familias protoindustriales y las proletarias de los primeros tiempos experimentaron una vinculación diferente entre la demanda de fuerza de trabajo y su oferta internamente generada, que afectaba la forma en que cada una respondía demográficamente a una baja prolongada en el precio de mercado de sus respectivas mercancías. En tanto que la fuerza de trabajo que las familias protoindustriales requerían para satisfacer una demanda de mercado específica era sumamente variable y aquéllas se veían generalmente inducidas a *intensificar* su esfuerzo total de trabajo en

respuesta a los precios en descenso, las familias proletarias se enfrentaban a un mercado de trabajo que a menudo hacía difícil en una recesión ampliar su empleo total para compensar las tasas salariales declinantes. La posibilidad de sustitución de la fuerza de trabajo de un miembro de la familia por la de otro se vio severamente limitada a medida que la fuerza de trabajo se convirtió en una mercancía que tenía que ser activada por un empleador externo e indiferente a la situación general de subsistencia de la familia. Para los proletarios, pues, las perspectivas específicas de empleo para los niños eran decisivas en la transformación de la estructura de incentivos de la fecundidad. En tanto que las familias protoindustriales siempre podían contar con la posibilidad de poner a trabajar a sus hijos a una edad muy temprana, las familias proletarias no podían.

Por último, parece ser que la tasa de mortalidad infantil era más alta para los proletarios de los primeros tiempos que para otras clases trabajadoras desde finales del siglo XVIII hasta la primera mitad del XIX, dado que los arrabales de las nuevas ciudades industriales eran zonas de desastre ecológico con suministros de agua contaminada, drenaje abierto, etcétera. Las enfermedades epidémicas diezmaron a los recién nacidos y a los niños. Si bien los proletarios no eran entonces más pobres que las masas rurales, vivían sin embargo en un medio ambiente mucho más letal y sus tasas de mortalidad eran más altas. Parece haber habido un fuerte impulso compensatorio en estas circunstancias para abreviar el espaciamiento de los nacimientos y reducir, asimismo, la duración media del amamantamiento o encargárselo a una nodriza pagada; todo lo cual contribuyó a una tasa de fecundidad ascendente. La combinación de alta fecundidad y alta mortalidad infantil determinó así un enorme dispendio de la fuerza de trabajo de las mujeres, agotándolas y debilitando su salud.

El capitalismo industrial en el momento de su irrupción triunfante reveló aquí su lado más oscuro. Los capitalistas privados, bajo el acicate de la competencia, demostraron una indiferencia desastrosa frente a los prerequisites más elementales de la reproducción vital del proletariado y, sobre todo, frente a las mujeres, obligadas a tratar de reconciliar las demandas antagónicas de los ciclos cotidiano y generacional de la fuerza de trabajo. Sin describir en detalle toda la cadena causal, deseo sugerir que existe una conexión subyacente, si bien mediada, entre el modo dominante (absoluto) de acumulación de capital en este periodo de acumulación primitiva, que consumía fuerza de trabajo *extensivamente* (prolongando la jornada de trabajo, utilizando mano de obra infantil y obligando a las mujeres a levantarse prematuramente después del parto), y el régimen dominante de fecundidad del proletariado, que también producía "extensivamente" la futura fuerza de trabajo, dentro de un predominio obligado de la cantidad sobre la calidad tal como se reflejaba en el carácter de la inversión hecha en los niños.

Unidades domésticas proletarias maduras

Con notable simultaneidad en toda Europa occidental, el régimen de fecundidad del proletariado experimentó una transformación en el último cuarto del siglo XIX y el primer cuarto del XX. En tanto que la fecundidad de cohorte media era cercana a los cinco entre 1850 y 1870, descendió a poco más de dos para las cohortes nacidas a comienzos del siglo XX. Esta dramática declinación fue casi totalmente el resultado de un descenso en la fecundidad marital debido al cese extendido de la procreación en los primeros años de la treintena.

Ciertamente, la edad media de las mujeres en el momento del primer nacimiento no aumentó en este periodo; de hecho, probablemente disminuyó ligeramente a medida que la edad en el momento del primer matrimonio se hizo menor. Tampoco hubo una

disminución en la tasa de nupcialidad que pudiera explicar cualquier parte sustancial de la declinación de la fecundidad agregada. Los cambios en (primer paso) las condiciones límites para la formación de la unidad doméstica no desempeñaron entonces ningún papel importante en esta transformación.³¹ Los intervalos entre los nacimientos tampoco aumentaron; un aumento en el uso de anticonceptivos compensó una reducción en la incidencia y duración del amamantamiento, dejando esencialmente inalterado el espaciamiento de los nacimientos. Así, pues, la declinación se debió abrumadoramente a la práctica masiva de "detenerse" a medida que las parejas y/o las esposas llegaron a la conclusión de que "ya bastaba" cuando habían tenido dos o tres hijos.³² ¿Cómo puede explicarse esta transformación en la fecundidad marital?

Esta interrogante ha provocado una intensa investigación y un acalorado debate entre los demógrafos históricos que no me es posible reseñar aquí.³³ Me inclino a seguir a Caldwell al identificar la generalización de la instrucción escolar, y el cese efectivo del trabajo infantil de tiempo completo, como los principales cambios institucionales que proporcionaron el ímpetu socioeconómico a la disminución a largo plazo de la fecundidad.³⁴ El cese del trabajo infantil puso fin a la economía salarial familiar para las unidades domésticas proletarias urbanas y, en consecuencia, alteró fundamentalmente la ecuación costo/beneficio para criar hijos.

Por una parte, la posibilidad de que los hijos que permanecían en el hogar trabajaran para obtener ingresos quedó drásticamente limitada. La asistencia regular a la escuela redujo en gran medida el tiempo disponible para el trabajo asalariado, y a los patronos se les prohibió legalmente emplear niños durante las horas escolares. Además, entre los hijos (particularmente los varones) con alguna instrucción, los padres no podían esperar ya una aportación salarial automática una vez que aquéllos empezaban a trabajar como adolescentes. La fragmentación de la economía salarial familiar ahondó el fetichismo de la forma salarial, que se consideró cada vez más como perteneciente, por derecho, al trabajador que la ganaba. Esto señaló el comienzo de una transición secular a la norma moderna, en la que la adquisición del primer empleo de tiempo completo se identifica regularmente con el abandono del hogar y el vivir "por cuenta propia".

Por otra parte, los costos *per capita* de la crianza de los hijos aumentaron

31 Estamos tratando de explicar aquí un cambio fundamental de fecundidad que ocurre dentro de un modo de producción. Como una verificación indicativa del modelo conceptual antes esbozado, es importante señalar que este cambio no ocurrió en las condiciones del primer paso que demarcan los límites de la formación de la unidad doméstica proletaria dentro del modo de producción capitalista. Si hubiese ocurrido en esas condiciones, nuestro modelo sería sospechoso. La transformación en el régimen de fecundidad de la unidad doméstica campesina a la protoindustrial y la proletaria de los primeros tiempos sí implicó alteraciones básicas en las condiciones del primer paso, como hemos visto. Esto es, como se esperaba, al pasar de un modo de producción a otros.

32 La disminución de la fecundidad estuvo estrechamente relacionada nada con un descenso en la mortalidad infantil, pero no se ha demostrado que la segunda generalmente preceda o cause a la primera. Lo que es claro es que un descenso en la mortalidad *infantil* (de uno a cinco años de edad) generalmente precedió a la disminución de la fecundidad en Europa occidental, y este cambio debe de haber facilitado el control de la natalidad dependiente de la paridad, puesto que las parejas podían contar cada vez más con que sus hijos existentes, habiendo sobrevivido el primer año, vivieran hasta alcanzar la edad adulta. (Véase *The Effects of Infant and Child Mortality on Fertility*, Samuel H. Preston [comp.], Nueva York, 1978.)

33 La intensidad con que se ha llevado a cabo esta investigación, y su capacidad para atraer generoso apoyo financiero de gobiernos y fundaciones privadas, difícilmente se deben a la curiosidad colectiva de los historiadores. Más bien ha sido animada por el deseo de aislar un conjunto de factores que desencadenaron el descenso histórico de la fecundidad del Occidente con el propósito de reproducirlos, o cuando menos simularlos, en los países del Tercer Mundo a fin de provocar un descenso comparable en ellos. No es sorprendente, entonces, encontrar a la Fundación Rockefeller como uno de los auspiciadores principales de tal investigación.

34 "Mass Education as a Determinant of the Timing of Fertility Decline", *Population and Development Review*, 1980, n. 6 (2), pp. 225-55.

considerablemente con el advenimiento de la instrucción universal. Por encima y más allá de los impuestos escolares, las matrículas y otros gastos obvios, la educación formal ejerció una intensa presión sobre los padres, expresada a menudo a través de las demandas de los propios hijos, en cuanto al suministro de mejores ropas, higiene, nutrición y atención médica. El aumento de la instrucción escolar no sólo alteró la economía de la crianza de los hijos, sino que también tuvo un profundo impacto en las aspiraciones de los padres de clase obrera en cuanto al futuro de sus hijos. "Una buena educación" era lo que los padres de clase obrera trataban de legarles a sus hijos para ayudarlos a abrirse camino en el mundo; y grandes sacrificios se hacían y se justificaban con la idea consoladora de que, con una educación, los hijos podrían cuando menos conseguir mejores empleos y vivir con mayor seguridad que la que los padres habían conocido.

A medida que el "detenimiento" —el cese de la procreación mucho antes de la menopausia— se convirtió en una norma general para las mujeres de la clase obrera, parece razonable inferir que el uso regular de anticonceptivos en el matrimonio debe de haberse hecho habitual. Aunque la evidencia es reconocidamente escasa (y se requiere mucha más investigación en este campo), existen razones para sugerir que, en el "detenimiento", masas de mujeres de la clase obrera estaban afirmando sus derechos reproductivos en un sentido elemental. La información se diseminaba y el apoyo se extendía en este empeño a través de redes informales de parientas y amigas que se difundían de un vecindario a otro. La punta formal y pública de este témpano se dejaba ver en la formación de asociaciones de eugenesia y en la amplia distribución de folletos y libros sobre el control de la natalidad. En Inglaterra, por ejemplo, se vendió, a lo que se calcula, un millón de tales publicaciones entre 1876 y 1891, y la popular *Law of Population* (Ley de Población) de Annie Besant, dirigida específicamente a las mujeres de clase obrera, alcanzó ; cerca de 110 ediciones!³⁵

La marcada declinación en la fecundidad marital constituyó, en efecto, un cambio fundamental en el patrón prevaleciente de inversión de la clase obrera en su generación futura: de una preocupación obligada por la cantidad a una preocupación por la calidad. Una vez más, deseo relacionar esta transformación en el ciclo de remplazo de la fuerza de trabajo con las tendencias dominantes en el consumo de fuerza de trabajo en la industria y en la acumulación de capital, que se transformó en el mismo periodo de un régimen de extracción de plusvalía absoluta en un régimen de extracción de plusvalía relativa. En otras palabras, tanto el ciclo de acumulación de capital como el de reproducción de fuerza de trabajo se convirtieron de modos extensivos en modos intensivos de regeneración.

A medida que el capital se desplazó de un modo de extracción de plusvalía absoluta a otro de extracción de plusvalía relativa, los principales capitalistas se concentraron en la intensificación de los esfuerzos productivos de los obreros masculinos adultos (sostenes primordiales de la economía familiar) en los sectores industriales clave. Los patronos renunciaron, bajo considerable presión, a la mano de obra infantil y a la jornada de trabajo de doce horas y después a la de diez. Este cambio a un régimen salarial masculino más elevado hizo posible que una familia de cuatro miembros viviera de un salario sindical. Un solo modelo (de sostén masculino familiar) de consumo de fuerza de trabajo y remuneración alteró el contexto socioeconómico más amplio dentro del cual las parejas proletarias preferían ahora reducir el tamaño de la familia deteniendo la concepción después de haber procreado dos o tres hijos. Los trabajadores pobres no sindicalizados, que enviaban a sus hijos a trabajar a (o antes de) la edad legal para

35 Véase Fraser Harrison, *The Dark Angel: Aspects of Victorian Sexuality*, Glasgow, 1979, caps. 9-11.

abandonar la escuela, no podían vivir del salario del padre y se inclinaban mucho más a procrear cuatro o más hijos. Los salarios de esta prole han seguido desempeñando hasta el día de hoy un papel crítico en el sustento familiar de muchas familias pobres encabezadas por un solo progenitor.

Conclusión

Dado que este artículo ha sido escrito en una vena francamente exploratoria, es apropiado concluir con una especulación. ¿No es posible que la irrupción del capitalismo industrial en Europa occidental (en contradicción con otras formaciones sociales con un nivel de desarrollo comparable) haya tenido cuando menos algo que ver con la forma familiar, el patrón marital y el régimen de fecundidad distintivos que prevalecieron entre las masas rurales en la era moderna de los primeros tiempos?

No estoy sugiriendo, como lo han hecho algunos, que los cultivadores dependientes de Inglaterra, por ejemplo, nunca hayan sido realmente campesinos sino agricultores capitalistas que vivían en familias nucleares atomizadas modernas desde la Edad Media. Lo que debe resaltarse es más bien la particular discontinuidad —ruptura y abandono— de la organización doméstica tradicional del campesinado. La forma prevaleciente del ciclo de reproducción de la familia campesina de Europa occidental, donde la neolocalidad se combinó con el matrimonio tardío y no universal, generó un tipo muy distintivo de control de la fecundidad. Una vez que esta "válvula de nupcialidad" estalló, con la difusión de la industria doméstica rural organizada por los comerciantes capitalistas, desencadenó una capacidad prolífica y una forma de constitución de la unidad doméstica dependiente del empleo entre los campesinos sin tierra, lo que, a su vez, proporcionó a los empleadores una reserva virtualmente inagotable de fuerza de trabajo barata, móvil y fácilmente explotable a lo largo de los siglos XVIII y XIX. La constante regeneración de esta reserva le permitió al capital superar la fase crítica inicial de la acumulación primitiva, basada en modos extensivos de acumulación de capital y de utilización de fuerza de trabajo.³⁶

Este análisis, que subraya la dimensión demográfica del crecimiento del proletariado de los primeros tiempos desde las filas de los campesinos sin tierra, no tiene por qué contraponerse a la explicación marxista tradicional del divorcio del campesinado de la tierra a través del cercado de las tierras, la concentración de éstas y el desplazamiento competitivo. Ambos procesos fueron indispensables para la formación del proletariado, aunque por supuesto su importancia relativa y su interacción particular variaron en gran medida de una región a otra. Además, no hay en esta explicación muy general nada que suplante la necesidad de análisis específicos y detallados de los desarrollos desiguales y combinados en las diversas formaciones de Europa occidental. Pero tal vez sugiera una irónica vuelta de tuerca al memorable aforismo de E. P. Thompson de que la clase obrera estuvo presente en su propia creación. Pues en el periodo de su formación, antes de la Revolución Industrial, la clase obrera evidentemente "se creó a sí misma" en más de un sentido.

[Tomado de *New Left Review* n. 137, Londres, 1983. Traducción de José Luis

³⁶ Las formaciones del Tercer Mundo en la actualidad también ofrecen inmensas reservas de fuerza de trabajo barata y móvil. ¿Por qué no se fomenta allí, entonces, la acumulación de capital nativo del tipo extensivo? En medida limitada se fomenta, pero los impulsos dominantes del capital metropolitano erigen (y eliminan selectivamente) los obstáculos a la rápida industrialización multifacética en esos países. En vísperas de la Revolución Industrial, por supuesto, Europa occidental no se enfrentaba a una fuerza externa tan imponente; sus principales Estados eran ya potencias imperialistas por derecho propio. Tal es el privilegio de ser los primeros.

González.]